

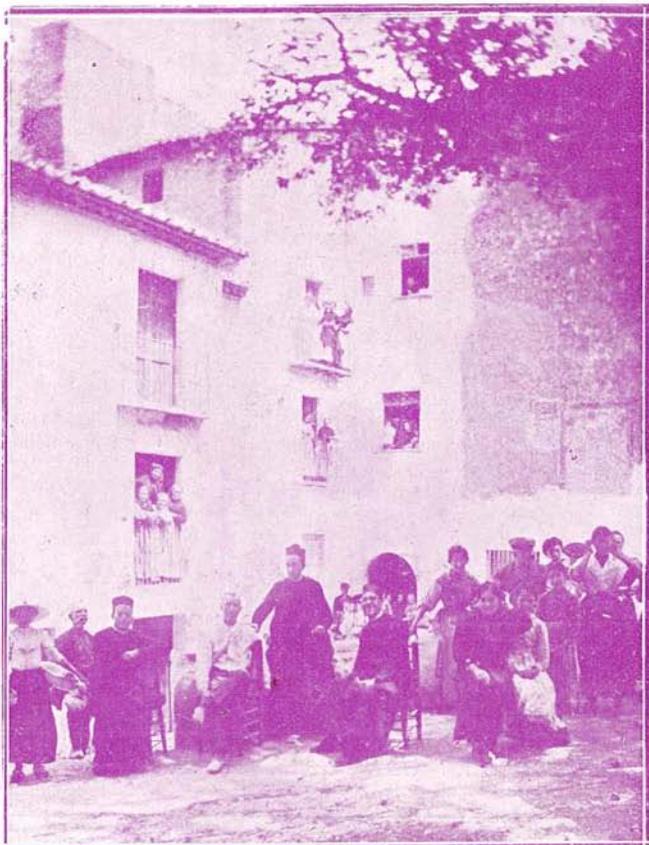
Revista de Castellón

AÑO III

QUINCENAL ILUSTRADA

NÚM. 55

ARTE ❧ LITERATURA ❧ HISTORIA ❧ ACTUALIDADES



BALNEARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA AVELLÁ

FACHADA EXTERIOR DEL ERMITORIO

Para Motores y Automóviles

- - - Gasolina - Petróleo - - -

Marca la Benzo-Motriz de la casa Juan Vilella de Reus (S. en C.), en latas y bidones de cinco litros en adelante.

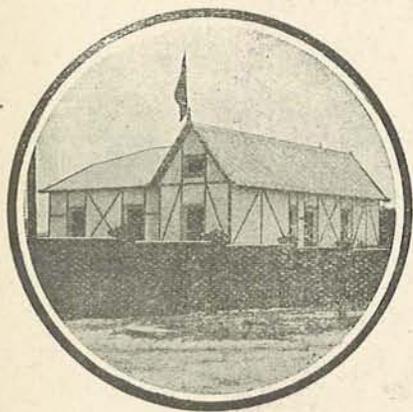
Petróleo, Gasolina y Bencina refinados en cajas de 36 litros.

DE VENTA EN EL ALMACÉN DE

Enrique Tárrega Dolz

Colón, 92 y Plaza de Tetuán, 41 y 45-CASTELLÓN

Depósito exclusivo de AGUA INSALUS á 0'65 pesetas botella de litro, devolviendo el casco



Un tejado ligero y económico á prueba de incendios y filtraciones; asegurado contra vientos y tempestades; liso y limpio siempre y permitiendo combinaciones de color artísticas: sólo se obtienen con la Pizarra

de Asbesto **URALITA**

Almacén y Despacho: Calle de Alloza, 135.—CASTELLÓN

Dr. HERRERO-Oculista

MAYOR, 2 Pral.-CASTELLÓN

CONSULTA DE 10 A 1

Se practican toda clase de operaciones con arreglo á los últimos adelantos científicos.



Revista de Castellón



✦ No se devuelven los originales aunque no se inserten

✦ La correspondencia al Director: Asensi, 4 ✦

El espectáculo cinematográfico

En sus primeros tiempos la película cinematográfica se limitó a recoger la actualidad y en las sesiones públicas de esta clase de espectáculos la concurrencia podía conocer gráficamente lo que había leído en la prensa poco antes. El mérito de las casas dedicadas a esta industria, estribaba tan solo en la elección de los sucesos que más pudieran interesar al público y la labor del artista era más o menos plausible según fuera mayor o menor la suma de detalles que consiguiera recoger para trasladarlos a la pantalla. De este género fueron exclusivamente las cintas que se desarrollaron en la primera sesión de cinematógrafo a que asistí; ello fué en el Carnaval de 1896, en el Salón del *Heraldo de Madrid*; los asuntos, extranjeros todos, me permitieron conocer al Czar de Rusia, al Presidente de la República francesa y a otra serie de importantes personalidades que, por aquel entonces, habían hecho gemir las prensas.

La fantasía del artista, la composición del trabajo forjado antes en la imaginación que preparado en la realidad, no tardaban en mostrarse. El domingo de Ramos de 1897 lo aprecié, por vez primera, en el teatro Principal de Castellón de la Plana. Después de haberse exhibido varias cintas mostrando algunos hechos recientes, el director del espectáculo anunció que iba a exponerse en colores y así pareció realizarse la reproducción de una batalla sostenida

por nuestras tropas contra los rebeldes cubanos. El asunto era de actualidad, ciertamente y la inventiva del autor se concretaba a la disposición y al movimiento de los elementos con que contaba, pero bastaba aquella prueba para comprender que las casas dedicadas a estos trabajos, se iban emancipando de la sujeción a la realidad y se disponían a proporcionar a su industria los vuelos del arte. Fué la primera tentativa que vi en Castellón de una película de desarrollo imaginado, en colores y de asunto español; sin duda, de las primeras tentativas que en nuestra patria se hicieran en esos tres sentidos de la fantasía, del color y de la elección de la nacionalidad española para el asunto y, desde luego, es una prueba de que Castellón no ha ido a la zaga del resto de España en esta manifestación del arte.

En las sesiones del *Heraldo de Madrid* y en la del teatro Principal de Castellón, si mal no recuerdo, los títulos de las películas que eran la indicación de los sucesos en ellas impresionados, los daba a conocer al público una persona que los recitaba en alta voz; la sencillez de los títulos era una garantía de que podían expresarse sin ofensa de la Gramática, lo que no ocurrió algo más tarde.

Pasó bastante tiempo antes de que el cinematógrafo fuera un espectáculo de instalación permanente. En competencia con las figuras de cera, la mujer cañón y los teatritos de *polichinelas*, fué

corriendo de pueblo en pueblo y albergándose en barracones ligeros, prestando con la difusión del prodigioso invento, un incalculable beneficio a una gran parte de la humanidad. A la vez la fantasía de los artistas se fué mostrando más audaz y los asuntos llegaron a ser ajenos a la realidad, en un todo, si bien adolecieron de una frivolidad y sencillez verdaderamente pueril, sin que se cuidara en ellos de elegir los individuos que representaban las escenas impresionadas, al contrario de lo que hoy día ocurre. En aquel entonces existía el *explicador de películas* (creemos que en algunos lugares aún ejerce sus funciones), que no se limitaba a dar el título de la cinta, sino que explicaba el argumento de la acción en ella contenida. Gente de escasa cultura, que cualquiera que fuera su origen, solía conocer el castellano muy deficientemente, reclutada en condiciones que permitieran remunerarla con un exiguo sueldo, eran por lo general, los explicadores de películas, unos verdaderos *asesinos del idioma*, que tenían la disculpa de sus humildes condiciones personales y de la incesante labor que llevaban a cabo. Ellos saludaban al público al empezar la sesión, daban el título de las cintas, describían el lugar de la acción, hablaban por los personajes, comentaban las escenas y al terminar se despedían de la concurrencia dando las gracias por la benevolencia con que les había escuchado. Pero hacían todo ello en tal forma, exornaban su obra con tales rasgos y maltrataban de tal manera la Gramática, que el público solía distraerse de la acción desarrollada en la pantalla, movida a risa por la relación del explicador que decía *muncho* o *sirpiente* o exclamaba: «*Corre, que te coje; Ya las pagarás, ladrón,* con

tan enérgico ademán y esfuerzo de voz, que parecía identificarse con el personaje a quien atribuía la frase.

Todo ello fué variando cuando el espectáculo cinematográfico adquirió caracteres de permanencia.

* * *

La instalación permanente de los salones vulgarmente llamados Cines, marca una nueva etapa en la historia del espectáculo que alcanza a nuestros días.

En este período, los asuntos que han servido de tema a la impresión de películas, alcanzan un extraordinario grado de variación, si bien se nota una tendencia predominante que va cambiando sucesivamente. La actualidad, que en los primitivos tiempos fué la primera materia del espectáculo, quedó relegada a segundo término y la inspiración de los artistas fué adquiriendo altos vuelos, preparando argumentos que siendo al principio exageradamente cómicos, pasaron a ser fantásticos más tarde y han acabado al presente convirtiéndose en melodramáticos de todas las especies. Puede decirse que estas sucesivas manifestaciones escénicas forman la base de las sesiones cinematográficas y que solo para relleno o como accidente pueden contemplarse otro género de trabajos. Desde el *joven elegante que desea casarse*, prototipo de aquella inolvidable (por lo cómica) serie de cintas cuyo argumento se resolvía en una difícilísima carrera de obstáculos, se llega a los dramas del día pasando por *El hijo del diablo* y sus congéneres, hermosísimas obras tan fantásticas como artísticas, que corresponden al momento de la efervescencia de las películas de magia. Y en el género dramático que hoy impera tenemos especies sin número; las que pudiéramos llamar de carácter in-

ternacional, que basan el argumento en el robo de algún secreto de Estado o los planes de un invento notable y precioso para la guerra; los de carácter médico-legal, historias de locos, enfermedades fulminantes, etc.; las acrobáticas, especialidad de la casa Nordisk; las de audaces bandidos e ingeniosos policías; las de luchas con los indios, de marca norteamericana; las basadas en el adulterio o en amores contrariados y condiciones más que exigirían un gran encasillado para la clasificación; de cuando en cuando se pone en acción una novela de fama y se impresiona y vulgariza tal obra literaria; hemos conocido de esta guisa *El conde de Montecristo*, *Los miserables*, *Nuestra Señora de París*, *¿Quo vadis?* y últimamente, la joya de la literatura italiana que ha inmortalizado a Manzoni, *I promessi sposi*. No son éstas las únicas novelas llevadas al lienzo blanco, pero tal vez inicien una nueva orientación del *Cine*, desde luego, digna de mayor consideración que la que aún está en boga. En esta última contrasta el esmero artístico digno de aplauso con el descabellado argumento de la acción representada y si se sostiene la actual influencia dramática más de lo que se han sostenido la cómica y la fantástica, es porque los artistas que desempeñan las escenas cinematográficas, se reclutan en el elenco de los principales coliseos. La fiebre del día ha invadido también a España y hay casas nacionales que siguen las huellas del extranjero; no hemos de consignarlo nosotros sin protesta, pues no puede verse impasiblemente a nuestros artistas falseando las costumbres nacionales en inverosímiles argumentos, como ha ocurrido a la genial y aplaudida triple valenciana Angelina Villar, al desempeñar el papel

de protagonista en el esperpento antipatriótico *Magda*.

La *actualidad*, relegada, como hemos dicho, a segundo término, se nos ofrece periódicamente en la *Revista Pathé*, *Actualidades Gaumont*, *Semanario Eclair* y no sabemos si alguna otra publicación cinematográfica por el estilo.

JOSÉ COTRINA.

(Continuará.)



D. RAFAEL GASSET
EXMINISTRO DE FOMENTO

Que ha dado una notable conferencia sobre política hidráulica en nuestro Teatro Principal

Todos los trabajos publicados en el presente número, han sido escritos expresamente para esta REVISTA.

Epigramas

I

Los papás y las mamás
Me tienen por justiciero,
Integro, recto y severo,
Como el que lo sea más;
Pero si tumbo algún chico,
Porque no sabe una jota,
Y el cotarro se alborota,
Da gusto oírles el pico.

II

Ni una palabra siquiera,
Y le apruebo, si señor;
Pues si el mozo se exaspera,
Abandona la carrera,
Y se nos mete a escritor.

GERMÁN SALINAS.

NOTAS MUSICALES

El Concierto de la Sinfónica EN CASTELLÓN

Satisfechos estamos los organizadores del Concierto que a beneficio de la Asociación Castellonense de Caridad dió la Orquesta Sinfónica de Madrid el día 5 del actual, en nuestro teatro Principal.

La sala ofrecía una impresión solemne, magestuosa y agradable con el adorno que le proporcionaban nuestras hermosas, cada vez más hermosas paisanas, que ataviadas con elegantes trajes de gala, hacían resaltar la belleza de sus rostros y el encanto de sus figuras.

El escenario representaba un gran salón en el cual se veían tapices de asuntos musicales y seis medallones con los bustos de Wagner, Beethoven, Verdi, Gounod, Chapí y Giner.

Al aparecer los profesores y presentarse luego D. Enrique Fernández Arbós, resonaron dos grandes ovaciones que como saludo cariñoso por parte del público, fueron muy apreciadas por dichos artistas, especialmente por el maestro Arbós, a quien le dieron energías para transmitir mejor a la batuta el sentimiento y la expresión de su corazón de intenso artista, algo asténico a consecuencia de crónica enfermedad.

Hecho el silencio (un silencio absoluto digno del público más inteligente y más fervoroso), empezó la overtura del *Freyschustz*.

El programa fué interpretado tal como se anunció, y de sus obras no he de hablar, porque ya lo hizo en el número anterior de esta REVISTA, un querido compañero mío. Únicamente diré, sí, que el público quedó satisfechísimo por la elección de las obras, por su admirable interpretación, por la maestría con que eran salvadas las dificultades de las mismas y en fin, por la emoción que le produjo aquel conjunto de sonidos hábilmente amasados y percibidos sin merma, debido a la sabia colocación de los grupos de instrumentos y a las buenas condiciones acústicas que ofrecía la sala.

Las ovaciones que se oyeron después de cada obra, eran entusiastas de verdad, demostrativas de que el público había *entrado* en ellas.

El maestro estaba muy satisfecho del entusiasmo demostrado por el público y al final nos obsequió con un gran trozo musical; con lo único que cabe interpretar después de un final tan grandioso como el de la obertura del Tanhäusser: con la Cabalgada de «La Valkiria».

No quiero decir que la ejecución fué magistral. ¿Para qué?

Total, que fué una velada agradabilísima y hermosa, tanto bajo el punto de vista artístico como del caritativo, porque si bien cuando escribo estas líneas no esta hecha la liquidación de gastos, se puede asegurar que la Asociación Castellonense de Caridad tendrá un ingreso de algunos cientos de pesetas.

L. U.

¡PAPÁ!

Al marchar aquella mañana a la tarea había dejado al niño algo peor. El «¡adiós Papá!» de todas las mañanas, lo estinguíó la fiebre débilmente en su garganta, y sólo se le abrieron los ojos para despedirme.

Volví. La esposa abrió la puerta con cuidado. Mi mirada interrogadora de presentimientos tristes, chocó enseguida con sus ojos de infinita ternura.

Nuestro hijo, continuaba recostadito sobre el ancho almohadón, con la frente bañada de un sudor frío. Sus ojitos no se abrieron al besarle, ni sus labios pronunciaron débilmente el «¡Papá!» de la mañana. Duerme, pensé, y no pude contener unas lágrimas que cayeron en mis manos.

Mi esposa, sin separar la vista de la cabecita rubia, me enteró de la visita médica. A la tarde volvería D. Vicente. Mi vista se nubló, desvaneciése mi mente al recuerdo de la cajita de flores en que se llevaron aquel otro hijo, unos hombres indiferentes, mientras unas sombras con coronas avanzaron en la estancia. Quise gritar ¡Afuera, mi hijo

no ha muerto!, y ví a las sombras en la cama desnudándole frías y cambiar su camisita doblando, cuidadosas, sus bracetos yertos.

Con el deseo de morir, aun sentí vacilar un cuerpo en el espacio....

Las sombras y coronas se habían dissipado. En la estancia quedaba mi esposa abrazada á un cuerpo que yacía en el suelo inerte; era el mío. Y mi hijo desde la camita gritaba con voz débil «¡Papá, Papá!»

Allí un cuerpo abandonado; y yo percibiendo los más grandes dolores que sufrían los míos, sin sentir: ¡muerto!

Hálito invisible de la vida, contemplaba mi propio cadáver, y rodeaba el cuerpo de la esposa y besaba, impalpable, la frente de mi hijo.

La grandeza de la vida sólo con esta grandeza es comparable; pensaba sin pensar. Ni voluntad, ni dolor, ni sentimiento. Pero no pensaba, veía, recordaba el concepto de eterno sueño que en la vida, guardaba de la muerte, y veía que ésta era sólo otra forma de la vida. ¡Nada!

Seguí a los hombres que encerraron mi cuerpo en una caja y ví desde la calle a la esposa llorando en el balcón. Les dejaba para siempre, sin voluntad, sin sentir. Y recorbaba que en los últimos instantes de la vida había deseado la muerte. y ahora les abandonaba sin sufrir. También la muerte era cruel. Sin el remordimiento no podría reparar el mayor de sus dolores. En el espacio flotaría eternamente la paz. que mi sombra no merecía.

«¡Papá!» Sonó la misma voz a mis oídos, y desperté.

M. S. M.

MI ORTOGRAFÍA

Eso de la Ortografía,
cosa es que mucho me apura.
Y el caso es que la escritura
¡quién sin ella entendería!

En cláusulas y oraciones
los párrafos se dividen
y a la Ortografía, piden
que marque esas divisiones;
que las palabras enlace
y los conceptos entone
y con los signos que pone,
de la idea el rumbo trace.

¡Ay! Si bulle el pensamiento
y la pluma anda ligera,
puntuar me desespera
que es mucho entretenimiento.

Escribir con garabatos,
es lo que entonces me agrada...
y resulta una charada,
que me da muy malos ratos;
un logogrifo ilegible,
que, después, para entender,
tengo un esfuerzo que hacer
tan grande como es posible.

Fascinado por la idea,
no la detengo en su vuelo
y la sigo con anhelo
y mi mente se recrea;
más si al darle forma quiero
andar mesuradamente
y puntuar precisamente,
entra ahí me desespero;
porque pierdo la hilación
y atrás tengo que volver,
para tornar a emprender
la marcha... sin ilusión.

Nada, soy muy impaciente;
me gusta bien el trabajo,
y como lo hago a destajo
resulta muy deficiente:
la puntuación es precisa,

la idea me desespera
y me lleva a la carrera
y me pierde el ir de prisa.

La coma, el punto, el guión,
puesto al vuelo y de momento,
me ahorraran el gran tormento
de hacer la repetición
y meterme en confusiones
para ver de adivinar
y que logren resaltar
cual fueron, mis impresiones.

Pero es mi sino fatal
que me haya de apresurar,
sin llegar nunca a emplear
más que algún punto final.

JUAN B. CRUZADO.



D. ARCADIO PORCAR

ACTUAL PRESIDENTE DE LA EXCMA.
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CASTELLÓN

En el año 1860

Intensas, imborrables, emocionantes, fueron las impresiones que en nuestros infantiles espíritus dejaron los sucesos que en España, y fuera de ella, se desarrollaban en la expresada fecha.

Comenzada una campaña de guerra contra el Imperio Marroquí, el año anterior, seguía la acción de las armas con toda fortuna y gran pericia, bajo la dirección del famoso táctico y experto general en jefe D. Leopoldo O'Donell, conde de Lucena, que había dejado la gestión de la Gobernación del Estado para salir a campaña.

La lucha se llevaba por nuestras huestes con tal tesón que los hechos de armas, acciones y batallas, se sucedían con creciente éxito, y la victoria coronaba, una tras otra, todas ellas. Ni un solo retroceso hubo, ni el más insignificante revés. La previsión, el cálculo razonado y frío, el conocimiento del arte militar; el talento de los jefes, la valentía de soldados y oficiales y el entusiasmo de todos, llevaron seguida y seguramente a la conquista de los campos y fuertes africanos, desde el Serrallo hasta Guad-Ras, con la ocupación de Tetuán.

Claro es, que siendo esta lucha desde un principio tan afortunada para nuestras armas, y ofreciendo siempre y por tradición, un gran sentido popular, la guerra contra el *agareno*, motivada entonces por haber hollado y pisoteado el pabellón español los soldados del Sultán, la nación española ardía en entusiasmo, que se traducía en la formación de batallones de voluntarios vascongados, catalanes y otros. Los donativos, las suscripciones, los ofrecimientos de todos órdenes menudeaban; todo ello daba

alientos a los gobiernos para proseguir la guerra: y así se continuó hasta que Muley-el-Habas, general en jefe de las tropas del Imperio, y a nombre del Sultán, solicitó y concertó el Tratado de paz.

Pero mientras esta lucha estaba entablada, las armas nuestras salían vencedoras en todos los combates, cosa que en Castellón se sabía por el *papelito nuevo* que *acababa de salir*, según rezaban los partes oficiales sóbrios, pero expresivos; los muchachos de las escuelas y del Instituto, enterados de tan gratas nuevas, adelantaban el asueto, salíamos del colegio dando vivas a España, llenos de intensa alegría, que ruidosamente la expresábamos.

Y natural era que se tradujera aquella alegría y nuestro juvenil arrojo, queriendo simular los combates que en el Norte de Africa se llevaban a cabo.

Y hé aquí que formamos dos bandos: *moros* y *cristianos*. Los carpinteros amigos, no daban paz a las manos y a sus cepillos y sierras, para modelarnos *espadas*, *alfanges*, *gumtías*, *fusiles* y *espingardas*, que adornábamos y pintábamos para que parecieran armas efectivas; pero sin filo, para no lastimarnos. Distinguíannos también, a más de la diferencia de armas, por el *tocado*, *turbanetes* o *roses* de cartón, percalina, etcétera, nos servían para improvisar una indumentaria barata y llamativa.

En muchos sitios de las afueras de Castellón, se trababan combates entre las legiones de uno u otro bando; pero ofrecía para nosotros mayores atractivos la salida del portal de San Francisco y a la derecha del *llano* de este nombre. Existía en dicho punto una extensa pinada, que debía ser del Municipio o de

propios. Ofrecía este llano una extensión suficiente; estaba sombreado por el ramaje, y el piso, suave y blando, por la hoja caída; de trecho en trecho y a distancia, veíase a algún montículo de tierra y mantillo, o restos de alguna carbonera, que nos podía servir de reducto, de fortín o de punto estratégico, que escogíamos, para intentar la defensa; o escalarle y tomarla a viva fuerza: bien fuera por el número y ardimiento de los combatientes, o por la habilidad y destreza en el ataque.

Cada reducto era tomado y abandonado cuatro y seis veces en una tarde: y así se daba el caso de que quedáramos satisfechos de nuestros *juegos bélicos*; toda vez, que si habíamos sido derrotados en dos otras *acometidas*; en cambio habíamos obtenido, en poco tiempo, otras dos o tres *señaladas victorias*.

Hacíamos trincheras; simulábamos emboscadas; desplegábamos guerrillas; nos replegábamos con cierto orden: y empujábamos de frente o por los flancos, según las circunstancias, o según el plan convenido, (*de acuerdo. las más veces, entre los dos ejércitos beligerantes*). De esta suerte, el resultado era de antemano prescrito, y concertado quedaba el triunfo, casi siempre que las fuerzas entraban en acción.

Y he aquí que estos ejércitos, vistos con simpatía y con cariño por padres y maestros, nos proporcionaban una especie de *gimnasia sueca* al aire libre, y se entraba en nuestros pechos infantiles, espíritu de disciplina, amor a la patria y afecto de camaradería.

Esto tenía su complemento: y por cierto que lo tuvo excelente.

Comenzaron a llegar, de regreso de la guerra y de paso para Barcelona o para Valencia, algunos batallones, que

hacían su entrada marcialmente, y que eran recibidos con todos los honores.

¡Qué gozo más inefable y qué ardor más desbordante intenso y fiero se esparcía, como reguero de pólvora por toda la ciudad!

La campana María, iniciaba el vuelo en la torre, que ponía en movimiento a todos sus vecinos. Las banderas de los casinos, de los gremios y de los estudiantes, salían a la calle. Autoridades, personas notables, pueblo en masa; los viejos labradores de los arrabales; las mujeres, los niños, los escoleros todos, de los colegios e Instituto, el clero...: Cuanto representaba algo en la población, se apostaba en la carretera o portal por donde hacían su entrada aquel puñado de valientes; que ostentaban con el color satinado y tostado por el sol africano, las barbas crecidas y descuidadas; aquellos *ponchos* airosos, aquellos enfundado; un aire de firmeza y gallardía y marcialidad, que hacía prorrumpir a todo el público en aplausos nutridos, arrojándoles flores y coronas de laurel, que se izaban en las puntas de las bayonetas. ¡¡Cuántas palomas, cigarros, versos, flores deshojadas y vivas, eran lanzados a su paso!!

Los pequeños sentíamos la embriaguez del triunfo; la admiración del neófito, el entusiasmo del patriota y el amor intenso del español *neto*, ante tan emocionante espectáculo.

Los padres y los maestros aprovechaban aquel nuestro tremendo estado de emoción, para inculcarnos en nuestras mentes los altos deberes de patriotismo, y el amor que debíamos sentir por la tierra en que nacimos y por la cual, aquellos guerreros habían vertido su sangre. Y con el amor santo a la tierra bendita, venía también el culto al *honor*

y a la *virtud*, en que habíanle de inspirar los actos todos de nuestra vida; para pasar nuestros nombres inmaculados a la historia, en cuyas páginas vibrantes, siempre aparecían orlados de laurel los nombres de aquellos héroes, que allí, en medio del arroyo, en la plaza pública, recibía el pueblo de Castellón, con músicas, vuelo de campanas, arcos de triunfo, cohetes, coronas, flores y banderas y vítores y aclamaciones estridentes.

¡Así perdura el recuerdo de la campaña gloriosa llevada a término en los campos del Serrallo, de Castillejos, del Fondach, Tetuán y Guad-Ras, en los años de 1859 y 1860!

DR. F. CANTÓ.

EL ANGEL CAIDO

Cayóse un angel del Cielo
y el golpe fué tan terrible,
que al pobre le fué imposible
alzar otra vez el vuelo.

Figúrese usted el dolor
que el angel debió sentir
al obligarle a vivir
en este mundo traidor.

Acostumbrado al regalo
de la vida celestial,
encontróse aquí muy mal,
porque este mundo es muy malo.

Horrorizado, intranquilo
por todo lo que aquí pasa,
se refugió en una casa
en calidad de pupilo.

Y temiendo oír y ver
miserias, llantos y penas,
del cuarto salía apenas
a las horas de comer.

Evitó el trato con seres

cuyo contacto temía,
y de los hombres huía
igual que de las mujeres.

El silencio era su enseña,
y como angel de candor,
resultó el huésped mejor
que tuvo en casa la dueña.

Por lo mismo, llegó un día
en que abusó tanto de él,
que el angel, hecho un Luzbel,
le armó el gran cisco a la tía.

Como caído del cielo
todos, al verle tan blando,
con él se iban propasando
y le tomaban el pelo.

Aunque bueno, no hay paciencia
que aguante tanto importuno,
y al fin, le dió un palo a uno
con *la mayor inocencia*.

Extrañó espantosamente
aquel proceder al pronto,
porque lo juzgaban tonto
o lo que es igual, prudente.

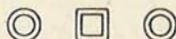
Pero como el angel vió
que siendo así le iba mal,
por instinto natural
de medio a medio cambió.

Tornóse astuto, inconstante,
cínico, ruín, valiente...
¡yo lo encontré últimamente
hasta en un café cantante!!

Engordó desde aquel día,
le atendían por doquiera
y la infame pupilera
le respetaba y servía.

De lo cual, hay que inferir
que en este pícaro suelo,
para medrar y vivir
han de pegar y mentir
aun los ángeles del Cielo.

F. ROIG BATALLER.



Recuerdos de Toledo

Como pájaros á quienes abren la jaula salimos aquel día del colegio. Se trataba de una excursión á Toledo por varios días, días sin clase, días alegres fuera de regla. Eramos, pues, libres, con esa libertad de colegiala que sabe a miel aunque no sea más que por la novedad del cambio. Nos acompañaba sin embargo nuestra profesora de ciencias, Miss Winger, pero ésto, lejos de ser una traba para nosotras, venía a completar nuestra alegría, pues Miss Winger, joven inteligente y alegre, era a la par nuestra camarada y mentora.

Creo inútil describir los transportes de alegría a que nos entregamos cuando nos dieron la noticia, nuestro entusiasmo sin límites al saber que pasaríamos unos días en la capital de los godos y podríamos admirar aquella joya del arte de que tanto habíamos oído, aquella vieja ciudad que nuestro natural romántico se había imaginado como escenario obligado de las más poéticas leyendas. Parecíamos, que apenas puesto un pie en la ciudad, nos íbamos a encontrar con el Greco bajo la figura del presidente del duelo en el entierro del conde Orgaz; que a orillas del Tajo sorprenderíamos a la Cava disponiéndose para el baño tal y como debió sorprenderla D. Rodrigo, leyenda que siempre nos había hecho sonreír; y hasta nos figurábamos que en las murallas y torres de la ciudad no faltarían los guerreros de luciente casco.

Esto no impidió que apenas subiéramos al tren en la estación de Madrid, como fuese de noche, nos quedásemos dormidas, acaso por haber fatigado nuestra imaginación demasiado. Gracias a nuestra amable mentora, que nos despertó en Toledo, atravesamos el puente de Alcántara en un coche de mala muerte que acabó de despertarnos a la realidad. Estábamos en Toledo

y nada menos que sobre el famoso puente sobre el Tajo, pero estaba todo tan oscuro que nada pudimos apreciar, y con el buen humor del que acaba de echar un buen sueño y se despierta con el ideal cumplido, nos alojamos en la fonda Lino.

A la mañana siguiente nos despertaron las campanas de la catedral. ¡Qué diferente amanecer al de la Corte en la bulliciosa Castellana! Aquellas campanas sonaban ellas solas, sin mezclarse con los avisos de tranvías, ruedas de carruajes y bocinas de automóviles. Me parecía el amanecer de una aldea aristocrática, donde tuviese la corte un monarca medioeval. Frente a nuestro balcón aparecía como queriendo entrar por él, la fachada opuesta de la estrechísima calle. Las campanas seguían llamando y nuestra profesora, siempre amable, nos preguntó si queríamos ir a la catedral. Esto es, si queríamos, y como no hay cosa que con más gusto se haga que lo que nadie nos manda, nos dimos prisa a ir a la catedral.

¡Qué pequeñez se sentía al entrar por aquellas espaciosísimas naves, sobre columnas inmensas de grupos de hacecillos, que venían a unirse allá arriba donde la vista apenas podía alcanzarias. No sé si al verlas unirse como hermanas allá en sus bóvedas, parecían buscar el cielo, o de él bajaban suspendidas. La luz quebrada en varios colores penetraba suave por los vidrios pintados. El aire estaba lleno de perfume santo y en este estado de contemplación, cuando mirábamos al coro cuyas primorosas labores nos hacía notar nuestra profesora, el órgano llenó con sus armonías aquel lugar de devoción. Instintivamente nos sentamos calladas, como sobrecogidas por una misma emoción. Y ¡quién sabe cuántos arrobamientos de placer místico soñaban nuestras almas entonces a sus veinte años; confieso que me sentí capaz de todos los

sacrificios por la fé en un ideal entonces aún no definido. Cuando salimos de aquel sopor, rodeamos las naves laterales examinando las capillitas que las rodean, todas obras primorosas de arte gótico. Penetramos en la capilla de D. Alvaro de Luna, cuya desgraciada estrella siempre nos había conmovido: el infortunado cantor de «Virtuosas mujeres» árbitro del reino, descansa en paz allí velado por el arte y la religión.

¡Oh! ¡Había tantas cosas que contemplar! Hubiéramos querido aquella mañana detenernos en cada una de las primorosas capillas, pero dedicándoles sólo una mirada de reconocimiento a su belleza, pasamos a la famosa capilla mozárabe fundada por Cisneros, y asistimos con interés y devoción al culto antiguo anti-romano, según la liturgia española, que allí se perpetúa desde que, violando las leyes, se hizo lo que quisieron los reyes y se impuso a la Iglesia española la liturgia romana. Los frescos con escenas de la vida política de Cisneros, sus armas, todo allí recuerda al glorioso Cardenal.

Cuando salimos de la Catedral, el sol, en su cenit, quebraba sus rayos sobre la magestuosa torre, la cúpula y los múltiples minaretes que completan por el exterior la magnificencia de aquella obra de arte incomparable, expresión sublime de una fe sencilla. Solo el cielo intensamente azul, sobre cuyo fondo se destacaba tanta belleza, lograba sugerirme otro templo más digno de una divinidad.

Atravesando tortuosas calles trazadas como caprichoso dibujo de un niño, nos perdimos en el laberinto de la ciudad silenciosa. Parecía interminable aquel subir y bajar, entrar y salir dando vueltas y más vueltas por calles casi desiertas, donde el musgo crecía por entre las piedras del suelo poco transitado, y la yedra cubría muros

envejecidos, de trecho en trecho abiertos en moriscas rejás.

Así dimos la vuelta a la ciudad, a la soberbia Toledo, a Toledo la Imperial que parecía dormir sobre laureles ya marchitos; de vez en cuando las fachadas opuestas de una calle de estrechez inverosímil se abrazaban por medio de un arco-puente que daba al cuadro carácter típico. En cierto sitio las calles tienen nombres de industrias y oficios. Sin duda el relativo silencio actual, es un desquite de lo que en otra edad sería aquí enorme bullicio, cuando florecían en estos barrios las industrias que les han dado nombre.

La plaza de Zocodover, donde al fin fuimos a dar por suerte nuestra, acabó de sugerirnos el cuadro de Toledo en la Edad Media. Descansamos allí de nuestra interesante correría, recordando las escenas que la fantasía de los poetas imaginó allí. Zocodover, que quiere decir «mercado de bestias», debió ser en los buenos tiempos de Toledo un lugar concurridísimo, lleno de vida y colorido. En aquella mañana de primavera aparecía, con su suelo pendiente de piedra gastada, sus paredes rojizas y grises abiertas en rejás enmohecidas y transitada de vez en cuando por algún campesino, como bañada por la poesía del recuerdo. Tomamos a la derecha el arco que se abre como puerta de viejo alcázar sobre larga escatinata de piedra; es el arco de la Sangre, y, pasado ya, nos orientamos en dirección a la fonda, guiadas sin duda por el hambre, pues era más que la hora de comer.

En la fonda nos esperaba la comida ya servida. Frente a nosotras comía un caballero que de vez en cuando se calaba los lentes para mirarnos mejor sin disimulo ninguno. Nosotras estábamos reventando por comentar nuestras aventurillas, pero ante la importuna mirada de nuestro veci-

no callábamos y comíamos como palomas hambrientas, enviándonos de vez en cuando una mirada significativa.

A la tarde, queriendo dar un paseo más tranquilo, nos dirigimos a las murallas. Los toledanos habían sacado los trapitos de acristianar y daba gusto verles ya paseando, ya jugando a la pelota, ya saboreando el café en algún elegante establecimiento.

La impresión que me hizo la vega de Toledo saliendo por la puerta del Sol, fué deliciosa.—Ya bajaremos mañana por ahí—nos fué dicho. Y con esa esperanza concretamos nuestro interés al objeto presente. La vista de los muros que antiguamente rodeaban por completo a la ciudad y hoy se conservan en parte, da una idea de lo que debió ser una ciudad en la Edad Media. Un todo artístico en unidad y armonía. Los palacios y templos, los humildes hogares, todos ceñidos por el potente muro, su protección y complemento. Sus puertas enormes cerradas de noche y abiertas de día. Los hombres viviendo tras de los muros como rebaño en su redil hasta que el cañón vino a sanarles a la vida individual, abriendo en los muros las brechas que hoy deploramos.

La Puerta del Sol llamó nuestra atención, por su belleza y mejor conservación, y así pasando de largo la Visagra y Cambrón, no por eso menos interesantes, nos detuvimos ante aquella obra de arte e historia. La impresión de Toledo, ciudad de los Godos, cedió ante este monumento para representarnos a la Toledo de los moros. Entrando y saliendo por aquel arco de herradura no nos podíamos figurar sino a los hombres del turbante. El conjunto del monumento es magestuoso y de vejez bien conservada. Con facilidad sorprendente penetramos en las torres, subimos a las almenas y paseamos por el pendiente terrado examinando con curiosidad las saeteras y

bajando por los subterráneos hasta donde nos permitía la luz. De allí pasamos, como si fuese todo una misma cosa, a un pequeño templo de estilo árabe. Era el Cristo de la Luz. Allí vimos el sitio donde se arrodilló milagrosamente el caballo del Cid al pasar ante el crucifijo tapiado y alumbrado hacía cuatro siglos por maravillosa luz.

Cuando salimos de la capilla de leyenda y volvimos alrededor de la ciudad, el sol se ponía acariciando suavemente con su luz postrera la extensa vega ya en muchos puntos en sombra. Los minaretes y torres de la magestuosa muralla parecían de oro y el río corría allá abajo ciñendo a Toledo en abrazo cariñoso.

ELISA PÉREZ.

(Concluirá.)

CUENTOS

¿Quién no ha cometido el delito de escribir un cuento?

Es tan atractiva esa literatura de folletín, que muy pocos serán los inconvencionales, los de temple de acero...

Sí, señor, sí: temple de acero. Considero verdaderamente heroico no *confesarse* ante unas cuartillas en la soledad monjil de un cuarto de soltero... Hay ocasiones,—cuando se quiere todo y no se tiene, probablemente, nada, y ni aún la solicitud de la portera cariñosa y parlanchina que nos cayó en suerte, basta para distraernos y apartarnos de nuestras *tétricas* consideraciones: el viaducto, el rápido de lujo, fósforos en aguardiente, etc.—que con coger la pluma, emborronar unas hojas y luego... romperlas, nos quedamos tan tranquilos, tachándonos de «primos» por haber desesperado teniendo veinticinco años y ocho mil reales con descuento en la Intervención de Hacienda de una capital provinciana de tercera clase.

Aquellas hojas emborronadas que por bien o mal esparció el aire en mil direcciones, no eran más que un cuento: la ví, me miró y... no me hizo caso.

Y es que a esa edad, el todo nuestro todo, es una figulina gentil y algo atrasada con relación a los modelos de las grandes capitales, que canta «El anillo de hierro»... y no conozco más vals que el de las *Olas*.

Si lo que escribimos en uno de esos momentos trágicos, solemnes, decisivos, quedó descuidadamente en algún cajón de nuestra mesa, aparecerá, no hay que dudar, en «Blanco y Negro» o en la sección literaria de «Los lunes de El Imparcial», o en la «Página amena» de un diario provinciano. Es un cuento, en que el amante olvidado o preterido, corta los cabellos de la infiel, y se ahorca luego con ellos a guisa de sogá, quedando su cuerpo en horrible balanceo por debajo de los claveles y geranios de un balcón siniestro y fatal... Nuestro héroe da una idea del disparate que pensamos hacer.

Hoy día nos reimos, felices, llevando del brazo una mujer de bello rostro encuadrado por magníficas crenchas negras y brillantes. El del cuento se ahorcó con unas melenas rubias... Romanticismo de veinticinco años.

Hay otro romanticismo más suave, menos exaltado. Es el de los que pasaron su vida de rubias a morenas y de morenas a castañas, y tuvieron que ahorcarse, o poco menos, con trenzas de pelo de todos los colores.

Son dignos de lástima; pero supieron guardar de cada aventura un bello rayo de luz, un rasgo de intensa emoción, escribiendo, al calor de sus recuerdos, cosas muy lindas tejidas en el dulce telar de la resignación. Son excelentes personas estos románticos de claustro.

Pero todos estos cuentos son ya anticuados. Modernamente, se toma como ambiente un hogar formado ya. No son novios que riñen porque el corazón lo exige; son cónyuges que discuten serena, filosóficamente, si se me permite la frase.

Si antes había perfidia, era violenta, enérgica, clara; ahora es refinada, convive admirablemente con la paz de un hogar... ¡Eso salimos ganando!

Antes se descubría todo. Actualmente, sin escenas de melodrama, se convencen de su falta y rectifican... ¡Somos buenos sin que los demás nos lo impongan!

Bien es verdad, que los niños, aún los juveniles, leían hace unos lustros a Andersen y Swift y tenían bastante; hoy día leen y comprenden los originalísimos y complicados de Alvaro Reta.

Hay cuentistas poetas; y de su imaginación

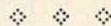
fecunda, surgen idílicos coloquios, narraciones fabulosas y extraordinarias, bucólicas descripciones de paisajes serenos y plácidas geórgicas de venturosos días que pasaron... El oro y carmín del alba perezosa, el rielar de plata de la luna, el trueno y las celliscas de tormenta, la paz de un cielo azul y unos campos de flores y el monótono romper del mar majestuoso y enigmático, como fondo de sus locuras y soliloquios, son otros tantos cuentos que se escriben y se leen todos los días, y que siempre dicen algo nuevo.

No tienen pretensiones; son cuentos. Por eso todos los escriben y todos aunque los despreciamos, si al repasar un periódico encontramos alguno, indolentemente recorremos sus párrafos con la vista y... ¡un cuento más!

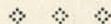
TÉLLER.

Gaceta

Debido a sus muchas ocupaciones y a tener que ausentarse de Castellón, ha cesado en el cargo de Director de esta REVISTA, nuestro querido compañero el catedrático del Instituto D. Luis del Arco, que tantos éxitos ha obtenido en su laboriosa gestión; y se encarga del mismo desde el presente número, el editor de la misma don Joaquín Barberá López (Asensi, 4, bajos), a quien deberán remitirse en lo sucesivo todos los originales, correspondencia, fotografías, etc.



La comisión de Fiestas del Excmo. Ayuntamiento tiene muy adelantados los trabajos para la confección del programa de las que han de celebrarse en esta capital durante la primera quincena del próximo mes de Julio. Oportunamente daremos a conocer a nuestros lectores el referido programa.



Se ha repartido a los suscriptores el cuaderno VI de la notable *Biblioteca Valenciana Popular*, que con tanta aceptación está publicando en Barcelona nuestro querido amigo y paisano don José Ribelles Comín.



Por referirse a un muy querido compañero de Redacción, reproducimos con gran satisfacción

la siguiente gacetilla, que publica un colega local; prefiriendo dar al público la noticia con palabras ajenas y abstenernos de todo:

«Con verdadera satisfacción y hasta con orgullo, por considerarlo como cosa propia, damos hoy la noticia de haber sido nombrado académico correspondiente de la Academia de la Lengua en la única plaza asignada a esta región, el sabio catedrático de este Instituto y distinguido literato D. Germán Salinas.

»El triunfo legítimo merecido del culto profesor de Preceptiva Literaria, nos enorgullece y lo consideramos muy nuestro, porque si bien don Germán no nació en tierra valenciana, es lo cierto que entre nosotros pasó la mayor y mejor parte de su vida y maestro de Retórica y Poética ha sido de tres generaciones y lo es en la actualidad de nuestros jóvenes estudiantes, teniendo, aunque solo fuera por esta razón, derecho a considerarlo como uno de los primeros y más entusiastas castellonenses.

»Nosotros; al felicitar a nuestro sabio maestro por la distinción que se le otorga, no como favor sino como reconocimiento de sus positivos y sobresalientes méritos, la docta Academia de la Lengua, lo hacemos con acentos salidos del fondo de nuestras almas y deseándole a la vez largos años de vida para disfrutar las consideraciones y admiración a que por parte de los que fueron sus discípulos se ha hecho acreedor y le patentizan en esta ocasión y por tan honroso motivo.»

BIBLIOGRAFÍA

Geografía General del Reino de Valencia, cuadernos 68, 69, 70 y 71.—Son estos indicados, los últimos que han sido repartidos. Los dos primeros pertenecen al tomo general de toda la región cuyo autor es el conocido escritor D. Emeterio Muga; y los dos segundos se refieren a la provincia de Alicante que escribe con gran pericia y demostrando profundos conocimientos, don Francisco Figueras Pacheco.

Tanto en los primeros como en los segundos de estos cuadernos se incluyen láminas supletorias en las que se reproducen respectivamente el partido judicial de Pego, mapa a tres tintas, el partido judicial de Monovar y el de Villena igualmente editados y un detalladísimo plano de Torrevieja, con sus albuferas y salinas.

Entre los grabados que en estos cuadernos fi-

guran, sobresalen cuatro paisajes del pueblo de Navajas, el puente sobre el río Palancia en Soñeja, una interesante vista de la presa de Mislata durante la crecida del río Turia en 1902, una reproducción panorámica del río Cabriel en su unión al Júcar, en el pueblo de Cofrentes; varios paisajes montañosos de las riberas del Júcar, vistas del río Mijares, la preparación del cáñamo en pueblos de la provincia de Alicante, muestras de las cerámicas que producen las fábricas de la anterior provincia, varios edificios públicos de Alicante, etc. etc.

Si el tomo perteneciente a Castellón, vá resultando notable sobre toda ponderación, no son menos interesantes y útiles los referentes a las otras provincias de nuestro antiguo reino. Esta obra es indispensable a las personas estudiosas; sin ella es imposible llegar a conocer lo que en la antigüedad fué nuestra hermosa región y lo que actualmente vale y significa. Por eso no nos cansamos de recomendar su adquisición a nuestros lectores.



Dramaturgo periodista
y maestro superior;
parece corto de vista.....
y no lo es; no, señor.

serà meua—respongué Rafel en arrogant gallardia.

—Ché—li retrucá en molta sorna—y dime, dime, ¿cóm li diuen?

—Huí la nomenen per Carmeleta de *Malacara*, sent un sol per lo bonica; pero dins d' un parell d' anys, li dirán Doña Carmen de...—y al dir asó se señalava a sí mateix, pegantse fortes puñades sobre 'l pit.

—¡Ché, escatós, rovellat!—contestá pasmat y nerviós *Malacara*, intentant puncharli 'n lo bastó de mando—Aixó no has de conseguirlo. ¡Recontrafocle! ¡Ara que manco te puc voler per l' aseninato que acaves de cometre!

—Encara vindrá vosté a la boda—replicá Rafel soltant una riseta desdenosa y com indicant-li: «¡Chúplat eixal!»—. Y conste que no serà per gust meu, sino porque vosté se convidará. Si; se convidará.

—¡Ché, perdut! Pos no demanes tú poc.

—Pero en cambi—digué Rafelet en molta dignitat—no li demanaré res. Ni finques... ni dinés... ni traches pera Carmeleta.

—¡Adiós, Rostchill!—exclamá l' Alcalde tapantse la boca pera no soltar una carcallada inoportuna.

—¡Rigas, rigas! Pero aquell dia ni aseptaré, pera la seua chica, la camisa de novia que s' acotuma. Carmeleta s' engrandirá vivint en mí, per que la faré dichosa. Estos señors son testimonis.

nerviosa y aires nasionalis de cuant en cuant, la novia, com a dona, mes astuta, asoltaba un *profundo suspiro* que feya ductar a Rafel si alló era un arranc d' entusiasme amorós o si eren queixits de dolor de ventre per haverli sentat mal lo sopar; el *je villic mes que may!* també se consignaria en lo libre de actes de aquelles sessions, celebrades al aire lliure, ahon transcurrien les hores, sofrint gustosos algunes vegades el fret y les plúches, entre la perfumada atmósfera de aquella, com batalla de flors, que se realisa en les festes chuviloses del cariño.

Una nit de tantes, en eixos moments d' ànorransa en que 'ls enamorats rivalisen en promesses de firmesa, abnegació, amor ideal, y vehuen en perspectiva raptés y fuchides, de repent notaren interrumpits els seus arrulls enchisadors, per una dolenta veu que dia:

—¡Ay, Nélol! ¡M' has mort! ¡Ay!... ¡Ay!...

Y a cada exclamació, amainava la fórça de la llastimera veu, indicant qu' una vida s' apagava.

Presurós Rafel y tement que 'l pare de Carmeleta s' apercivira del fet y poguera pillarlo en lo balcó, devallá en molt de cuidao.

Impulsat per un sentiment humanitari, reconegué a un home qu' estava en terra, a uns sent passos de distansia, y creguent Rafelet salvarli la vida, li arrancá prontament lo puñal que 'n lo dit clavat tenia, apresurantli d' este modo la

mort, en contra de son propòsit al realisar aquell acte tan meritòri.

En aquell presís moment en que Rafel, colocat chunt al cos qu'era cadàvre, alsava lo punal prés en la mà tremolosa d' emosió, y tractàva de reanimar a d' aquell ser que creia encàra viu; sense apersivirse del roïdo, ni de les patades, se trovà de repent sercàt per la ronda que havia acudit presuròsa, esclamant, no mes aplegar, l' Alcalde segón que la presidia:

—¡Ah, canalla! ¡Donat pres! Entrega eixe gavinet.

—Siñor Alcalde—digué Rafel, alsantse de terra, deixant caure l' arma y retrosedint com espantat per aquelles dures paraules—soc víctima d' un engan, perque no soc yo l' autor. Vosté, ofuscat per lo que ha vist, no podrà deduir la noblesa de la meua acció. Venia por lo carrer Machor y al oír llastimers queixits...

—¡Ché, que males entrañes! ¡Rediol, quin forat mes fondo! —exclamà l' Alcalde segón, dirichint a la ferida la llantèrna del sereno—Ya diem yo y *Malacara* que acabaries en presili.

—La enemistad es contachosa en los poblets—replicà Rafelet, sentint fret de tersiana al oír aquella horrible espresió.— No 'm estraña el mal concepte. Yo li pregue que no 'm insulte; perque provaré la meua conducta honrosa. El home caballerós y digne, té sa consiència,

que s' lo millor Chúche davant de la Chustisia de Deu.

—*Nada, nada*. No mos vingues en *relòtiques*. ¡A la presó! Tú, *Pansa*, lligalo—digué l' Alcalde dirichintse al sereno.

Acongoisat; nefrat lo cor de pena; eixugantse 'l plor d' indignasió; amagantse la cara de vergoña y obrintse pas entre la multitud curiosa y relaxèra, que havia acudit en cresols y farolèts, recorregué Rafelet, sense conhort, la distansia que de la presó els separava.

En este trayecte, no parava *Malacara*, que també havia acudit, de dirichirli a Rafel pregunes que aumentaven sa congoixa; perque comprenia qu' eren dictades per la animositat y com alegrantse de vòrelo ya caigut. Pera el ex-seminariste, eren com a cants de victoria, qu' entonava el enemic.

—No tinc fama de reñidor—li dia Rafel a *Malacara*, cremat y chemecant de rabia—ni busque rivals en aventures de faldes, ni contravendiche en amors, ni soc visió. Yo no vixc mes que per' als meus llibres y per una dòna.

—Pos mira—li contestava socarronament *Malacara*—ya pots dir qu' eixa dona ha quedat viuuda, perque d' así que tornes a la llibertad...—y al pronunsiar esta paraula menechava la mà dreta, com si tocàra raspat en una invisible guitarra apoyada en lo sobaco.

—Pos eixa dona qu' adore, es sadrina y

Casa de Pedro Sancho

(Sucesor de Enrique Tárrega)

Establecimiento acreditadísimo, porque su norma es: servir al público cada vez mejor.

Gran surtido, que se renueva constantemente, en comestibles finos y en todos los géneros concernientes al ramo de

ULTRAMARINOS

DIARIAMENTE recibimos los mejores artículos indicados para la presente época.

Plaza de la Constitución, 36

Librería
y Centro de Suscripciones

DE

Benjamín Ballester

Falcó 4, (Junto al hotel Suizo), CASTELLÓN

Libros de Medicina, Farmacia, Leyes Ciencias y Artes, (al contado y á plazos). Libros de Texto en el Instituto y Escuela Normal. Objetos de Escritorio, Libros rayados y papeles de todas clases. Material y Menaje para Escuelas y Colegios de primera enseñanza.

Esta casa puede servir todos los encargos de libros en las mismas condiciones y precios que las más importantes de España y el Extranjero por convenio especial establecido con ellas, lo cual le permite entregar en corto plazo los pedidos que se le hagan.

DISPONIBLE

DISPONIBLE

Despacho:

Pi y Margall, 57
CASTELLÓN

Depósito:

—XIMENEZ, 10—



Cuentas corrientes
con el Banco de
España y Credito
Lyonnais.

Direcciones:

Telefónica **FLORS**
Telegráfica



Vista general de la Fábrica en Almazora

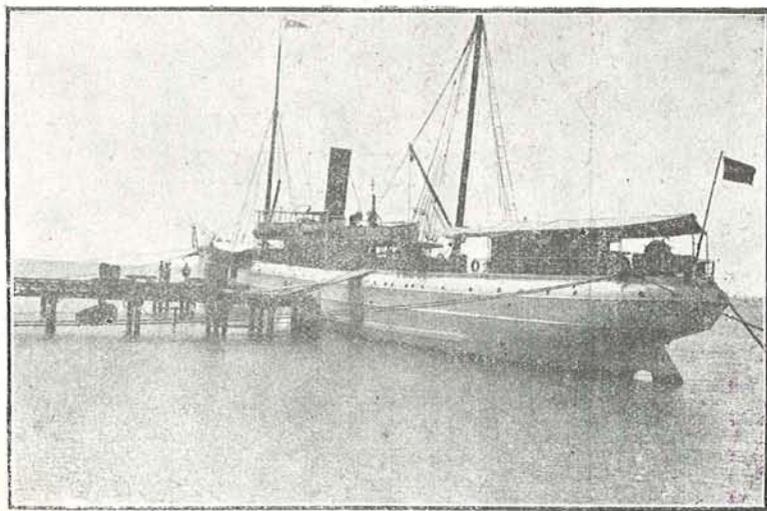
Teléfono: Castellón, número 87

Elixir Gomenol Climent

Es el mejor antiséptico de las vías respiratorias — —
 Cura radicalmente los Catarros crónicos y agudos, Tos,
 Bronquitis, Asma, Grippe, Resfriados y todas cuantas
 enfermedades radican en el aparato respiratorio.
 Supera á los demás balsámicos en acción rápida y nun-
 ca trastorna las funciones digestivas

Depósito en Castellón: VICTORINO APARICI Pi y Margall, 7

Línea de Vapores Tintoré.—Barcelona.—Servicio rápido semanal entre
 CASTELLÓN Y BARCELONA



Sale de Castellón to-
 dos los **miércoles** tarde
 Sale de Barcelona to-
 dos los **domingos** tarde
 Lujosas cámaras

Luz eléctrica
 Servicio de restaurant
 Admite carga y pasaje-
 ros, á precios reducidos

La carga se admite
 EN CASTELLÓN
 — LOS MARTES —
 EN BARCELONA
 — LOS SÁBADOS —

NOTA.—El vapor atraca
junto al muelle.

Consignatarios en
CASTELLÓN
 Domenech y Cert ssa
 Plaza de la Paz, 3

Vapor Torreblanca

BARCELONA.—Consignatarios Línea de Vapores Tintoré, Pasaje Comercio, 2. Agentes: Doménech Cert SIA Paseo Colón, 17.

AGENTES EN CASTELLÓN DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA